Las dudosas sombras de la Historia

ANTONIO PÉREZ COMO DEMÓCRATA

PROTEGIDO por las sombras del templo de Santa María y por la natural oscuridad de las once de la noche en el Madrid de 1579 un Rey empeñado. Felipe II vio como sus hombres penetraban a una princesa turca —de visible, católico—, la de Ebell, que había compartido su lecho y sus raras confidencias. A la misma hora, otros agentes se llevaban preso el que aún era, y extramuros seguía ajetreado aún en prisión, secretario de Estado del Rey: Antonio Pérez, misterioso y dramático figura del complejo siglo XVI español. Era un drama de amor y de celos. Era, también, una comedia política. Se habían perdido el partido, el del Ruy Gómez de Silva, Príncipe de Ebell, el del marqués de los Vélez. Cuantran los cronistas que, progresando a palacio, incomodo y amargado, el Rey Felipe pasó por su estancia hasta las cinco de la madrugada, meditando en la pérdida de su amante, la trágica de su secretario y el nuevo Gobierno que cambiaría al país, que iban a encasar al anciano Cardenal Granvelle. La pasión de Felipe II había estropeado convenientemente complagada hasta la llegada del Cardenal, que estaba en Roma; el mismo día dio su golpe sentimental y político. Juan de Álava y Cristóbal de Mora, comenzaba en ese momento la gran aventura de rebelión del que hasta entonces había sido cumplido cortejo, Antonio Pérez.

Un demócrata en El Escorial

Antonio Pérez ha tenido siempre una prensa, desde poco después de que la inventara Gutenberg hasta nuestros días. Los libros de historia no habían abordado los adjetivos negativos: ambicioso, lindo, belico, heroe, asesino. Algunas de estos extremos los había compartido con su amante. Jamás mandaron a Ebell, ambos amaron a la Princesa de Ebell. El fantasma de Antonio Pérez vuelve ahora evocado por un libro. El libro de Antonio Pérez enseña que el público España-Celestina se ha concentrado no sólo en el libro no destinado a la venta, repartido como obsequio a sus colaboradores. Lleva al largo título de "Norte de Princesas, Virenes, Presidentes, Consejeros y Gobernadores, y Advertencias políticas sobre el público y particular de una Monarquía". Su lectura es fascinante. Despreocupémonos de algunos frases:

...que es de dar lugar a una satisfacción al Pueblo, que se echan ellos a hacer gobernar por su voluntad. Aunque sea de paso, porque no se le paga al asistente, que si debe quitarle bien... (que dan el que viene bien)... que no hay algunos si se hubieran de publicar primero que se diera una vez, que se veía el error de la que se hubiera recibía el Pueblo, a quien se dan justo dar esta satisfacción como a mandado... en aquella forma... Repúblicas romana (a veces y virtudes costumbres)... se podrían ser públicas... y leyes de tales, para que el pueblo... leyes y... considerarse... cuanto más se debía hacer en las leyes vivas, que son los Ministro... en la elección... pues de estos... no se debe llevar V.E. de que las consideraciones secretas de los familiares y particulares que les tratan, ni de las razones alegadas de los adversarios; porque no hay duda, señor, sino la verdad, y verdad de uno, mejor se entiende a todos... que a muchos... pues uno puede ser engañado fácilmente, y engañar por su interés... y trazar... pero ningún... no engañado a todos, ni tocado...
Por
Juan Aldebarán

Antonio Pérez.

posible que en la aprobación que hicieren españoles a uno».

Un democrata español del siglo XVI. Un democrata español junto al absolutismo monárca Felipe II. Un democrata, pidiendo la elección popular de los Ministros, alabándo la justicia de las decisiones del pueblo y aun la justicia de que al pueblo pertenecen el derecho de darle sus propios gobemadores —puesto que la Fiebre es la que lleva «las cargas, los tributos y trabajos del Reyno que, al cabo, cargan sobre ella»—, un democrata en un Escolar recién fundado, con la argucia aún blandida entre las piedras. El pensamiento demo-

crático, liberal, popular español es antiguo y continuo. Es una tra-
dición.

La tradición liberal

De alguna forma se ha conseguido equiparar en España la tradi-
don al poder absoluto. De algunas formas poco ilícitas se ha consigui-
do que la tradición respalde el sistema político y social opuesto al liberalismo. Copiando esta frase de una enciclopedia contemporánea, y siguiendo: «Fundamental el régimen social y político de Es-
paña en los principios tradicionales de la religión católica y de la

monarquía pura, rechazando es absolu-
lo de separación de Iglesia y Estado, la soberanía popular, el sufragio universal y la libertad sin trabas preventivas». Es intere-
sante ver que aun ahora, en estos últimos días, cuando se habla de la posible cesión de ciertas «pou-
turas», de cierta ilegalización de sistemas políticos, se dice por aquellos mismos que lo pretenden que se trata de «europeizar», de «ponerse a la hora de Europa», cayendo en la trampa de negar orí-
ginalidad española y tradición espa-
nola al pensamiento liberal y de-

crático. Esta es una de las tramp-

las dispuestas por quienes han

credido poder definir «español» y «antiespañol» por decir: «lo mío» y «lo de los otros», ardid, por cierto, no original, sino viejo en política (recuérdense la Comisión de Actividades Antiamericanas del tres-
téntimo celebre senador McCarthy, y el irreparable daño que hizo a mi país). Por esto, juzgo de un nuevo mundo cuando se trata de hacer funcionar unas instancias políticas con la for-
ma e la apariencia de algo que ha estado siempre presente en la mer-
talidad española. Ciertas discusio-
nes de hoy estaban ya en la época de Antonio Pérez. Por una rara re-
generación se nos presentan como modernas. Como contemporáneas. Algunas ideas del pleno-
modernismo, de la repensación del poder, vistas por Antonio Pérez:

«Tenía V.E. muchos ministros, y medio sus voluntades, que en la administración de los negocios públicos siempre se ha de procurar que muchos llega-

por parte de ellos—por la satisfac-
tión común que en esto se daría é toco, y porque pueden dar mejor cuenta de los nega-

cios, aunque sean muchos, y porque entiendese poco en la experiencia del ejercicio no se dé ocasión a que, faltando aque-

los —vera la República, y Go-

biero, a cernir peligro... para que pueda descansar V.E. que no se bronce, el pudendo acu-
dir a todo, y porque ellos tengan más cuidado, y más mérito de comitencia, sabiendo que, si se descuidaran, hay más perso-

mas a quien pueden encomendar-

las su lugar que la opinión del contrario los amenaza, y destruye y acaban con sí mismos —Antes americano al tratar-

que su Amo no pueda vivir sin su ingenio, y ayuda, y que no hay el que no se los per-
dere y debe pedir por esta necesidad de su ejercicio...»

triunfo

31
Algunos erititos —Guadix, Ma- 
raón— dudan que este libro lo 
escritas Antonio Pérez, aunque 
desde la primera aparición se 
unió a su firma, y lo atribuyen a 
una vieja amiga y abogado, Bati- 
sas, Almosa de Baurientos. El pa-
dre Jesucristo Cruzado lo considera 
como el autor de Antonio Pérez. 
Martin de Fiquera, que prefiere esta 
edición, considera que puede pu-
blicarse bajo el nombre del secre-
tario de Felipe II. Será, en todo 
caso, otro de los misterios de 
una vida cuestionada por la le-
yenda. En todo caso, al aparicen-
lo con su nombre, Antonio Pérez 
asegura la verdad en el libro 
contenido.

El «caso Escobedo»

El «caso Escobedo» está también 
tocado de la acumulación de desin-
formación deliberada que se pro-
dujo desde el momento de su ases-
inato. Tomemos algunas de las 
áreas generales. Don Juan de Au-
ría albergaba notables ambiciones. 
Dudaba ante casarse con Isabel de 
inglaterra o con la desventu-
rrar energía del Marro Escu-
turo. Las dudas estaban en 
cuál de ellas podría conducirle al trono 
de Inglaterra. Felipe II tenía que 
que el trono de Inglaterra fuese un 
 paso de Don Juan para conquistar 
de España. La llegada a Madrid 
de Escobedo, secretario de Don 
Juan de Austria, y las actividades 
políticas urgentes de este augen-
tidos los temores del Rey Felipe. 
La muerte de Escobedo se deci-
dió en una especie de proceso se-
creto: la decisión la tomaron el 
Rey, Antonio Pérez y el Marqués 
de los Vélez. El encargo de ejecu-
ción recayó sobre Antonio Pérez, 
Pérez visitó a su casa a Escobedo. 
La comisión estaba conven-
ientemente envenenada, pero agra-
pas que a Escobedo aquél fuese 
la sometida de maravilla, y acudió 
enfrentado con Antonio Pérez. 
Felipe I invitó a su casa a 
Escobedo. La comida estaba conve-
niamente envenenada, pero agra-
pas que a Escobedo aquél fuese 
le mataron, a los que se había 
prisionar con afecciones, y el últi-
mo superviviente, Antonio Enriquez, 
se ofreció a declarar contra Anto-
nio Pérez. Dejando ileso la Maes-
tad. Felipe II, aunque tanto, había 
decidido abrir un proceso secreto, 
donde se escuchaba, «con palabras de sigilo», testigos contra Antonio Pérez. Pero ya la muerte de Escobedo, que el Rey decidió no 
tocar, sino por supuesta corrup-
ción administrativa. Así fue con-
denado a dos años de prision en 
fortaleza. Antonio Pérez trató de 
huir, se refugió en la iglesia de 
San Justo, pero de allí fue sacado 
conducto a Turquía. Desde allí 
continuó el secreto y sus misterios 
de evasión. Llegaron a llevarlos 
separados de sus hijas, pero no 
pudo extraviarse: fue escu-
cubierta. La prisión se endureció, 
pero la justicia buscaba los 
papeles de secretos del Secretario de 
que pudieran comprometer el Rey. 
Los tenía bien ocultos, sabiendo que 
delo podía depender su vida. Quizás 
ello le valiera que, muriendo se 
extraviara su prisión y se le permi-
tase volver a Madrid y quedar vi-
gladio en una casa santuario. El 
Rey que entendía la causa dijo que 
no era capaz de entender los mi-
teres de ella ni nadie sabía «las 
prisiones que pudiera haber entre 
Rey y vasallo». En 1592, Pedro de 
Escobedo, hijo del asesinado, reti-
ró su acusación. Recibido a cambio 
una buena cantidad.

**Mandamiento de la Inquisición contra Antonio Pérez.**

Una prisión blanda y algunas muertes

La de Antonio Pérez, como queda 
citado, fue cíclica. Salía a la calle 
de camino de los negocios de 
estado, maniatería correspondencia con 
de los vías de comunicación. Antes de 
que llegara el nombre de Antonio Pérez. 
Felipe II decidió la prisión de los dos 
prisioneros.

**Tormento y confesión.**

Pero inmediatamente el Rey tuvo 
que cambiar de actitud. Se dijo pú-
blicamente —por el Presidente del 
congreso de Castilla— que habían 
figurado tantos nombres el Rey 
de Felipe II, convenía un pro-
ceso claro y abierto para despejar 
toda duda. Antonio Pérez, nue-
mente interrogado, declaró su ino-
cencia. Pero fue sometido a tor-
mento, y los largos y prolongados 
colores ascarizaban con sus negati-
vas. Decidió declararse culpable, y 
esto dio claramente que había 
obedecido órdenes del soberano. 
Sabiendo que, tras esta declaración, la vida le tenía ya perdida. Fue 
entonces cuando conoció final-
mente, figurar. Lo hizo visitado 
la mujer, y sin perder tiempo, se diri-
rió a Aragón, de donde se dirigió 
para acogerse a las Manifes-
taciones. Eran esas un privilegio 
de los fueros aragoneses: el Jus-
ticia de Aragón, o su lugartenien-
to, amparaban bajo ella a las 
personas que se manifestaban per-
seguidos injustamente y las garan-
tizaban en una casa justa. Entre 
tanto, los conservaba en la cárcel 
de la «Manifiestación», e incluso 
los manifestantes, pero que en 
ese momento produciría el nom-
bre de «cárceles de la libertad», ilus-
tra pareja que mostraba la con-
finación en la justicia, o la des-
confianza en la central. Allí fue 
llamado Antonio Pérez, protegido 
por los arzobispos de Aragón. En 
que manifestó que los nombres 
de los de Aragón se llevaban del con-
vunto de Dominicos donde se había 
refugiado. Allí, en Zaragoza, fue juz-
gado por la Inquisición de Aragón, 
entonces Madrid se continuaba 
las causas. Y mientras en Madrid se 
lo conocía de la muerte de la 
sonora, en Zaragoza quedaba abuelo. 
El Rey no podía pasar aún por en-
cima de los privilegios de Aragón.

**Entra la Inquisición.**

Pero tenía un arma judicial a su 
disposición. El Tribunal del Santo 
Oficio. La Inquisición, cuando fue 
dado de tormento. Antonio Pérez 
fue esclavo por varios testigos, 
mano a mano, que entre ellos, palabras blasfemias. Otros testigos aparecieron para 
asegurar que en ocasiones más serio-
nes le habíamos oído pronunciar de 
ignorancia, y algunos dijeron que 
sus intenciones de fugarse a Holan-
dia probaban que estaba en rela-

ción con la herejía. La Supreme
ANTONIO PÉREZ COMO DEMOCRATA

Libertad y fuegos: Aragón se levanta

Tocó a rebato la campana de la Seo, salieron los cuarescamientos a la calle, la nobleza se puso en el frente de ella, se asaltó el Palacio del Marqués de Almenara —a quien se atribuía a intrigar, y la emprestaba a los frioles—, el Justicia Lanuza detuvo al Marqués para protegerlo, pero su ánimo no pudo evitar que fuese acallado por la multitud. Murrió carrasas días después, ya a consecuencia de estas embestidas, quizá sí, como dice un cronista: «del erro que sienten a verse de ese modo maltratado». Los gritos de la calle clamaban: «¡Contraurlo! ¡Viva la libertad!». Se habían incluido un número de acontecimientos históricos. El pueblo decidió que Antonio Pérez saliese de la cárcel de la Alhafsa —la de la Inquisición— y devuelto a los más adelante. El coche iba escalonado por el pueblo, y el preso recibió una consigna popular: «¡Pongan tres veces al día en la ventana de la cárcel para que veas veas y sepas que no se hace aprobación alguna ni se quedará nuestras libertades!».

La Inquisición y el Rey no salto, sin embargo, la presa. La Inquisición publicó un edicto anunciando que todos aquellos que impedieran el funcionamiento del Santísimo Oficio serían reos de excomunión y les alcanzarían las persecuciones inquisitoriales. La nobleza de Aragón vaciló y comenzó a pensar que sería mejor entrejar por segunda vez al Inquisidor, pero el pueblo no cambió su propósito. Antoio Pérez, sin embargo, temió que esto no le favoreciera y decidió acudir a los lugares de la ciudad. La multitud le recibió con cariño y se expresó con renovada alegría.

Fuga, regreso

Antonio Pérez fue detenido por laicos, escultores, arquitectos y artistas. Se dio una gran cantidad de supuestos que lo vinculaban con los planes de la Inquisición. Sin embargo, el pueblo de Zaragoza, que en aquel momento estaba en una situación difícil, decidió que Antonio Pérez debía regresar a su casa.

Las represiones

Isabel de Castilla, Isabel la Católica, había dicho una vez: «Lo que yo deseé es que los aragoneses se rebelen para tener motivos para destruir sus fuerzas». No se le presentó esa ocasión. El episodio de Antonio Pérez le sirvió para ello a Felipe II. Aunque no lo deseaba, el infante tuvo que admitir que su presencia en la ciudad había sido una bendición. La Inquisición continuó su trabajo, pero el pueblo de Zaragoza no se quedó quieto. Los aragoneses, con su espíritu rebelde, no se dejaron dominar por la Inquisición.

El cargo de Justicia Mayor de Aragón le fue conferido a Antonio Pérez. Había llegado a un estado de sumisión y conciencia. Desde entonces, su nombre se asoció con la justicia, la tolerancia y la democracia.

Estilo y muerte

Antonio Pérez encontró su refugio en el exilio. Fue en él donde escribió sus principales obras. Un «Act of government, discours adressé à Philippe II», este «Norte de Principes», dirigió al Duque de Lema, y por su solicitud. Una larga relación de su vida y un «Memorial» de su causa. Nunca regresó al exilio, de paseo de sus propiedades habían sido devueltas a su familia por disposición testamentaria de Felipe II. Goxó en Francia de la protección del primer Borbón, Enrique IV, y en Francia murió en 1811, habiendo alcanzado el éxito. En 1818 murió en Zaragoza, dejando una larga lista de sus aventuras —de exilio y de su—, y más aventuras de esas aventuras—. De la muerte y de la inmortalidad, no queda más que el recuerdo del pueblo de Zaragoza.